FILOSOFÍA Y TEORÍA DEL LENGUAJE

COLECCIÓN FUNDADA
POR
AMADO ALONSO

Publicados:

CHARLES BALLY
EL LENGUAJE Y LA VIDA

KARL VOSSLER
FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

FERDINAND DE SAUSSURE
CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL

KARL VOSSLER
CULTURA Y LENGUA DE FRANCIA

PJ
$330

KARL VOSSLER

FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

ENSAYOS

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
AMADO ALONSO y RAIMUNDO LIDA
CON LA COLABORACIÓN DEL AUTOR

PRÓLOGO DE
AMADO ALONSO
(TERCERA EDICIÓN)

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

GUÍA

¿Qué sentido y límites tiene el estudio exclusivamente gramatical de una lengua, desligado de todo valor cultural e histórico? Lo que persigue es ver por qué caminos ese hablar cambia: procesos, mecanismos de la Physis y de la Psyque. Procesos que sólo quedan explicados a satisfacción de la gramática estricta cuando se les aísla por completo, excluyendo cualquier iniciativa y participación espiritual de los hablantes; cuando se les ha visto "como mecanización o automatización del hablar y del pensar idiomático, como un hundimiento o sumersión de la actividad espiritual en un esquema psicofísico de asociaciones".

¿Cuáles son los procesos que tienen este carácter de mecanismo asociativo?

Los neogramáticos veían el cambio fonético como el asiento propio de la regularidad; Meillet cree que los procesos gramaticales por excelencia son la analogía y la gramaticalización.

Éstos son, sí, los más importantes; no los únicos. Hay seis procesos que tienen las condiciones pedidas por la gramática: "para cuya explicación es inmediatamente inútil traer a cuento una actividad espiritual libre, una personalidad". Los tres primeros son uniformadores de una origina-

ria dualidad, los tres últimos son diferenciadores de una originaria unidad:

Analogía,	*Cambio fonético,*
Gramaticalización,	*Cambio semántico,*
Contaminación.	*Diferenciación.*

En los tres primeros, una primitiva dualidad se funde mecánica y asociativamente en unidad, porque desfallece la atención que sostenía diferenciada esa dualidad. En los tres últimos, los diferenciadores, la división natural de una unidad ya no mantenida por el espíritu. El proceso analógico tiene su pareja y contraparte mecánicas en el cambio fonético; la gramaticalización en el cambio semántico; la contaminación en la diferenciación. Esto es lo que les da su estricto valor sistemático. Tan pronto como se trata un cambio en sí y por sí, sin referencia a su correspondiente contraparte y aun a todos los otros procesos gramaticales, aparece como un suceso casual y contingente que sólo la historia puede justificar.

"Un sistema de esta especie es tan rigurosamente cerrado como perpetuamente movible, tan capaz de abarcar y de ordenar el material lingüístico correspondiente como de seguir su corriente a través de todos los tiempos. No hay un solo proceso lingüístico que pueda zafarse de esta red".

Este sistema de procesos, que son mecanismo asociativo, automatismo de la Physis y de la Psyque, desespiritualización e inhistoricidad, se extiende sobre las comunidades lingüísticas del mundo, sin posible excepción. Ahora bien: si el espíritu es vida, éste es el lado letal del lenguaje. La gramática naturalística estima su valor riguroso en ceñirse a esta muerte del lenguaje; pero ¿no tendrá algo que hacer también con la peculiaridad de lo vivo? Quiera que no, sólo desde esta consideración superior cobra sentido su tarea: la mecanización de la atención, del pensar, del recordar, etc., supone los conceptos de "atención", "pensar", "recordar" etc., esto es, de la actividad espiritual del lenguaje.

Por último: si estos procesos alcanzan a toda lengua humana, ¿se podría basar en ellos una gramática general inhistórica, abstracta, o aun una gramática comparada? Resueltamente: no. El gramático aísla una palabra de la vida, pero siempre la supone dentro de una comunidad lingüística.

Y, por consiguiente, una gramática comparada sólo se puede erigir sobre la base de conexiones históricas entre los pueblos respectivos. El mismo concepto de "grupo lingüístico", no es gramatical, sino histórico-social. Y la gramática misma nunca se conforma con comprobar estos seis procesos en una lengua: se pregunta en seguida, por ejemplo, cuánto tiempo se ha usado tal analogía, con qué extensión geográfica, entre qué clases sociales. Y vienen los porqués. "Con lo cual se ha penetrado hasta lo hondo en la condicionalidad histórico-cultural y se trabaja con conceptos lingüísticos histórico-culturales como barbarismo, préstamo, cultismo, argot, norma idiomática, escuela, calcos, gusto lingüístico, etc.". La gramática pura y abstracta se salva en la historia lingüística. Sus mismos conceptos fundamentales se vuelven históricos, pues cada uno es devuelto al espacio, al tiempo y a la sociedad de que el gramático los había desligado. Con esto queda restablecida la conexión de las formas idiomáticas con la modalidad espiritual y la cultura total del pueblo, y el lenguaje ya no aparece amputado de toda actividad espiritual, sino como el instrumento adecuado para la creación y participación de valores espirituales y como la expresión característica de una índole espiritual.

Los seis conceptos gramaticales han perdido con esto aquella seguridad abstracta de co-mecanismo y contra-mecanismo, porque se han llenado de vida histórica. Ahora queda, en vez de la Analogía, la historia compleja de tal o cual proceso analógico completamente especial, entretejido de modo peculiar con otros procesos contaminatorios, etc. La idea naturalista del lenguaje nace de la contemplación de esa regularidad mecánica que la gramática comprueba en

sus procesos. Pero esa regularidad es sólo el reevrso de una energía espiritual realmente existente. Y del mismo modo los conceptos gramaticales (analogía, etc.) son el reverso de los conceptos lingüístico-históricos.

Y esto es no lo que anula sino lo que salva a la gramática: sin los conceptos de comunidad lingüística, evolución lingüística, mezcla lingüística, etc., una gramática no puede ser ni pensada sistemáticamente ni hallada en la realidad.

A. A. y R. L.

EL SISTEMA DE LA GRAMATICA

Siempre que algo es espiritualmente elaborado y cumplido se puede encontrar el lenguaje humano precediendo y preparando ese cumplimiento, y con la misma regularidad se le oye resonar tras del cumplimiento, ponderándolo, censurándolo, notificándolo, participándolo. La palabra está, pues, tanto ante el acto como tras él. La palabra nos explica lo que se va a cumplir así como lo que se ha cumplido, y por eso mismo no es lícito confundirla con el acto cumplido o por cumplir. En cuanto consideramos una acción espiritual como tal, la separamos de toda palabra que entre allí en juego. Más aún: no puede haber peor acusación para un acto espiritual que la sentencia de que consiste sólo en palabras. Y por eso, el pensador, el investigador, el estadista, el profesor, hasta el orador y el poeta que sólo hagan palabras, no son verdaderos pensadores, investigadores ni poetas.

De aquí se sigue que la palabra o el lenguaje, tomados en sí y por sí, no son actividad espiritual, pues toda acción valiosa queda más allá o, mejor, entre las palabras. Si éstas tienen alguna significación, es gracias a su referencia a algo diferente de ellas mismas. Una ciencia que sólo se ocupara de palabras en sí y por sí, desentendiéndose de sus referencias a todo valor cultural y no teniendo en cuenta más que las relaciones entre las distintas clases y combinaciones de palabras, podría parecer la empresa más inútil, más indiferente y más sin sentido del mundo. Sin

embargo, parece que semejante ciencia existe, y hasta están a su servicio muy respetables investigadores. Son los gramáticos. Hasta precisamente los gramáticos más escrupulosos se esfuerzan conscientemente en prescindir de toda referencia de las palabras a resultados y a valores culturales. Tampoco se engañan respecto a la absoluta falta de realidad espiritual de lo que ellos buscan en el lenguaje humano. "La langue est un être idéal qu'on n'a aucun moyen d'atteindre directement... La réalité intime de sa langue échappe au linguiste autant qu'à tout autre sujet parlant" [1].

¿De qué especie es este ser? ¿Qué le queda al gramático entre las manos, una vez eliminada toda referencia a la actividad espiritual y a la obra cultural? "La realité intime du langage — responde Meillet — c'est le système d'associations qui existe dans l'esprit de chacun des sujets parlants d'un même groupe lingustique, et c'est en même temps l'obligation qui s'impose à chacun d'eux de maintenir un parallélisme exact entre tous ces systèmes. Réalité purement sociale, la langue est à la fois *immanente* et *extérieure aux individus*" [2]. Es decir, un sistema y un constreñimiento al sistema que corren de individuo a individuo, que no están ni del todo dentro ni del todo fuera de ellos, sino que, por así decirlo, están entre ellos. Una situación semejante a la arriba descrita entre las acciones espirituales.

El lenguaje sería, según esto, precursor y sucesor no sólo de los actos de los hombres, sino también de su individualidad. Él acompaña y circunda no sólo nuestros actos espirituales, sino también nuestra misma existencia espiritual: no sólo lo que el hombre produce, sino lo que es. No se le podría confundir ni con lo uno ni con lo otro. En efecto: no hay acto psíquico ni hay individualidad espiritual que estén injertados y trabados con un sistema lingüístico de modo tal que no puedan y deban desligarse de él en cuanto

[1] ANTOINE MEILLET, *Linguistique* (en *De la méthode dans les sciences*, 2ª serie, París, 1911), pág. 291 y sig.
[2] Ob. cit., pág. 292 y sig.

se quiera penetrar en su naturaleza propia. Esto vale aún para aquellas individualidades que más profundamente han buceado en la lengua, para los maestros del idioma, los poetas y los oradores. La individualidad espiritual de Goethe puede y debe ser separada por el historiador de todos los sonidos verbales en que se manifestó y restituída a su intimidad y pureza de tal modo que la pueda contemplar aun quien nunca haya pronunciado una palabra alemana.

La contraprueba de esto es que la lingüística, cuanto más estricta es su orientación gramatical, tanto más resueltamente prescinde, no sólo de toda manifestación cultural, sino hasta de todas las individualidades que tuvieron que ver de algún modo con el idioma estudiado. Para el gramático la lengua de los cafres vale tanto como la de los griegos y Pericles, y la de Pericles mismo tanto como la de sus conciudadanos y contemporáneos más necios. En suma, el objeto esencial de la gramática es una lengua desligada de toda actividad y de toda vida espirituales.

Pero ¿a dónde se va con este aislamiento? ¿Qué puede continuar interesando, si ya se nos han vuelto indiferentes los estilos de los parlantes y la intención de su hablar? Pues nada más que la manera como ese hablar se va cumpliendo o haciendo. Y como para una abstracción estricta no puede haber un suceder y un obrar espirituales, sólo queda un suceder natural y un hacer desespiritualizado, automático, mecánico. Y efectivamente, a estos procesos, a mecanismos de la Physis y a mecanismos de la Psyque se reduce toda la vida idiomática tal como la entiende el método gramatical.

Es necesario confirmar esto con una serie de ejemplos, pues se viene enturbiándolo continuamente por lo mucho que se habla en lingüística de evolución gramatical o de gramática histórica. Frente a esto, tenemos que empezar por recalcar que el procedimiento gramatical sólo puede lisonjearse de haber cumplido su tarea allí donde haya exorcizado todas las peculiaridades creadoras y las iniciativas espirituales que todavía pudieran fantasmear en la lengua, reduciéndolas a mecanismos de la naturaleza y del alma.

En la gramática histórica de un idioma romance se puede leer que el neutro latino, aparte excepciones reducidísimas, se ha perdido en las lenguas románicas, es decir que sólo se diferencian ya sustantivos masculinos y femeninos, habiéndose "pasado" los neutros a los masculinos y femeninos. Este paso, se dice, está "condicionado en primer lugar por el estado fonético y luego por la significación de las palabras y formas correspondientes" [1]. Neutros como *castellum, pratum, vinum* tenían las mismas terminaciones que los masculinos *murus, campus, annus,* etc., en genitivo, dativo y ablativo del singular y del plural. Y especialmente coincidían las formas en el acusativo singular *-um.* Los masculinos estaban en mayoría y se usaban proporcionalmente con mayor frecuencia. Pero las formas más frecuentes, tanto para los neutros como para los masculinos, eran el genitivo, el dativo y, sobre todo, el acusativo singular, es decir, precisamente aquellas formas en que no se diferenciaba el género. Así ocurrió que las otras formas de los neutros, las diferenciadas por el género, poco a poco iban borrándose de la memoria, y cuando por excepción se las necesitaba una vez, tenían que ser formadas de nuevo. El neologismo resultaba según un sistema mecánico de asociaciones, según los llamados "grupos de proporciones" [2]. Cuando, por ejemplo, se necesitaba el nominativo singular de un neutro, digamos *castellum,* se le formaba según un esquema que se puede representar así: *campum* (o *campi* o *campo* o *camporum* o *campis): campus* = *castellum* (o *castelli* o *castello* o *castellorum* o *castellis): castellus.* Las viejas proporciones *campum: campus* = *castellum: castellus* se abandonaban por más raras y complicadas, y se llegaba por pura desidia a una forma de nominativo singular *castellus,* tan nueva como falsa (francés antiguo *chastels).*

[1] SCHWAN-BEHERENS, *Gramm. d. Altfr.* [*Gramática del antiguo francés*], Leipzig, 1911 (9ª edic.), § 283.
[2] HERMANN PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte,* Halle, 1909, capítulo V. Ya he indicado, en el *Homenaje a Ph. A. Becker* (Heidelberg, 1922, pág. 180 y sigs.), cuán distinta ha sido en realidad la pérdida del neutro latino.

Hoy, en verdad, los lingüistas se inclinan a no mirar ya semejante neologismo por analogía como una "falta" ocasionada por pereza espiritual y por mecanización del pensar idiomático, sino como una "creación" producida por energía espiritual. Pero en lo que se refiere a la explicación del proceso mismo, no interesa en absoluto al procedimiento gramatical en que ese proceso sea considerado optimista o pesimistamente. En ambos casos sólo se da por explicado cuando se le aísla por completo, eliminando toda conciencia, toda participación espiritual y toda iniciativa de los individuos hablantes, y tratando el cambio analógico como una cosa que se produce enteramente a la manera de un juego mecánico de fuerzas. Los portadores de las fuerzas son en esa explicación no los hombres sino los grupos de formas lingüísticas. El juego de fuerzas resulta no de consideraciones lógicas, ni estéticas, ni éticas, ni económicas, sino de la pura relación cuantitativa de frecuencia. Las formas usadas con menor frecuencia son atraídas por las más frecuentes y se les agrupan asimilándose a ellas. Lo frecuente es lo pesado o lo fuerte que arrastra consigo a lo infrecuente, como a cosa ligera o débil. Para el gramático riguroso, toda analogía —ya aparezca en la fonética, en la morfología, en la sintaxis o en el léxico— no es cuestión de poder espiritual, sino de una fuerza física que acompaña a esas formas. Y la gramática se sabe tan segura de esa condicionalidad física que ni siquiera se toma el trabajo de comprobarla. Que yo sepa, nunca ha demostrado el triunfo analógico de este o aquel neologismo sobre esta o aquella forma antigua, mediante un cómputo estadístico. Siempre que en filología se echa mano de la estadística, es, como hemos de ver luego, al servicio de un muy diferente planteo del problema. Por el contrario, siempre que se cumple un triunfo analógico, saca la gramática la conclusión gratuita de que la forma triunfante —esto es, en el ejemplo nuestro, el nominativo singular *castellus* en vez de *castellum* — ha pertenecido a las más sólidas y frecuentes. La

gramática presupone algo que en realidad nunca ha demostrado ni podrá demostrar. Se contenta con un simple "desde luego" donde, en el fondo, la cuestión es sumamente dudosa. Pues de ningún modo es cosa resuelta que entre dos formas concurrentes la usada de hecho con más frecuencia sea en cada caso también la más fuerte y que tenga que triunfar a costa de su rival, la menos frecuente.

Por cierto, hasta la gramática cuenta con la posibilidad inversa. En efecto: ella supone también muchas veces, y siempre sin haberlo demostrado ni podido demostrar, que ciertos medios de expresión cuanto más frecuentemente se usan tanto más se debilitan, hasta que por fin se extinguen. Sólo que no son las formas sino las significaciones las sometidas a esta segunda ley cuantitativa.

Ejemplo: Los comparativos latinos *facilior, pulchrior, acrior,* etc., esto es, la significación propia del sufijo *-ior* ha desaparecido, salvo pocas excepciones, de las lenguas romances. El uso frecuente, se dice, le ha debilitado la fuerza comparativa de tal modo que el hablante que quería señalar con énfasis una cosa que le llegaba al corazón como "más ligera, más hermosa, más aguda" un buen día dejó a un lado el descolorido *ior* y prefirió parafrasear *plus facilis, magis, acer* o *melius pucher.* A partir de ese momento los *facilior, acrior,* etc., que antes eran tan corrientes, se fueron haciendo cada vez más raros, hasta desaparecer. De modo semejante, dicen, perdieron cada vez más su fuerza significativa los demostrativos latinos *iste, ille,* descendiendo a ser meros artículos, por la frecuencia del uso, que además era típicamente protónico, "enclítico". Entonces hubo que crear reemplazantes para los demostrativos mediante expresiones compuestas como *ecce ille, ecce iste* que luego se desgastaron en francés hasta dar *cel, cest,* desalojadas a su vez por compuestos como *ce-lui, celui-ci, celuilà,* etc. Así es como palabras independientes, de sentido pleno, cuanto más a menudo entran en composición con otras voces, descienden a ser meras palabras formales (auxiliares) o hasta elementos formales, sufijos o prefijos. En alemán *-heit, -schaft, -tum, -bar, -lich, -sam, -haft,* eran, antes de convertirse en sufijos, palabras independientes y de sentido pleno. Meillet llama a este proceso en que las palabras se van vaciando de su significado *gramaticalización.* Todas las palabras auxiliares y elementos morfológicos en todos los idiomas indoeuropeos no son, al parecer, otra cosa que palabras independientes envejecidas, fosilizadas por el mucho uso en un sentido determinado, debilitadas en su significación. Es que se ha cumplido una mecanización del sentido de la palabra, un desvío de la atención espiritual que el gramático procura comprender como un proceso automático. También aquí presupone él una especie de ecuación físico-matemática, imagina que la gramaticalización se consolida en la misma medida en que la frecuencia del uso típico llega a la inflación. Y tampoco aquí se le ocurre probar cómo es que los grados cualitativos del vaciamiento de significado se transforman en cantidades de frecuencia de uso. Por el contrario se conforma, como en la analogía, con una deducción *ex eventu* y piensa para sí: puesto que tal o cual significación se ha gramaticalizado de hecho, ha tenido que ser usada antes durante cierto tiempo con relativa frecuencia en combinaciones típicas. Por uso frecuente, los elementos formales de la gramática se fortalecen *per analogiam* o *attractionem,* mientras que los elementos significativos de la gramática se debilitan *per grammaticalisationem.* De modo que se espera haber explicado suficientemente ambos procesos con mirarlos como mecanización o automatización del hablar y del pensar idiomático, como un hundimiento o caída de la actividad espiritual en un esquema psicofísico de asociaciones.

Analogía y gramaticalización son ciertamente los más importantes, pero de ningún modo los únicos procesos lingüísticos que nos ofrece ese hablar vacío, impersonal, desligado de todo especial contenido de lo dicho y de toda peculiaridad espiritual del hablante. Más exactamente: no son los

únicos para cuya explicación es inmediatamente inútil traer a cuento una actividad espiritual libre, un obrar o una peculiar vida espiritual, una personalidad. La gramática tiene que esforzarse, sin duda, por hacer entrar en su red todos los procesos lingüísticos. Y en realidad logra todavía abundante pesca. Por lo pronto puede hacer suyos esos casos que podríamos llamar patológicos: las llamadas contaminaciones de fonemas, de significaciones, de funciones, de construcciones sintácticas. Se trata siempre en esos casos de un trabucar y mezclar dos elementos idiomáticos, de lo cual resulta un tercero. Así se forma el latín vulgar *grevis* de un cruce de *gravis* y *levis; coster,* de *vester* + *noster;* la construcción alemana *derselbe wie,* de *derselbe der* + *der gleiche wie, etc.*[1] La mayoría de estos cruces, como, por lo demás, la mayoría de los neologismos analógicos, son enseguida reconocidos y reprimidos por las gentes, como un engendro híbrido de un momento de debilidad, de un espíritu pasajeramente distraído o mecanizado. Pero otros se infiltran dentro del uso general del idioma, instalándose en el "sistema". No habrá en la redondez de la tierra idioma libre de ellos. Se puede, por tanto, considerar también la contaminación como esencial, constitutiva y normal en un sistema lingüístico. Y verosímilmente ha actuado en mucha mayor medida de lo que hasta ahora se ha podido documentar. Especialmente en la sintaxis representa un papel destacado, casi el primero. En la construcción oracional francesa, por ejemplo, Adolf Tobler ha descubierto

[1] Ejemplos en PAUL, *Prinzipien,* cap. VIII. [En español: *nurus* + *socra* > **nora* (esp. *nuera); sinistra* + *dextra* > *sinestra (siniestra); en llegando que llegará* + *luego que llegue* = *en llegando que llegue; en punto de filosofía* + *en cuanto a filosofía* = *en punto a filosofía.* Buen número de ejemplos en castellano reúne Cuervo en sus *Apuntaciones,* cap. VIII. *acostumbro levantarme temprano* + *me acostumbro a levantarme temprano* = *acostumbro a levantarme temprano; convengo en que* + *concedo que* = *convengo que; no haya miedo de que le dejen* + *no temáis que le dejen* = *no haya miedo que le dejen; la cuenta vino a montar sesenta reales* + *ascendió a sesenta reales* = *vino a montar a sesenta reales;* etc.]

un montón de construcciones cruzadas que nadie hubiera sospechado[1]. El interpretar la contaminación como un fenómeno aislado, ocasional o hasta patológico no es sostenible en gramática; antes bien, tiene que ser reconocida como un proceso esencial en la misma medida que la analogía y la gramaticalización.

Hasta tiene algo de común con ambos fenómenos. Ante todo, la contaminación, como los otros dos procesos, sólo puede lograrse con la condición de que se repita con frecuencia la combinación de la cual resulta. Y también en ella se unifican dos grupos de formas o dos formas en una nueva unidad, importando poco que los padres sobrevivan al hijo o al revés. Los tres procesos son uniformación mecánica y asociativa de una primitiva dualidad. Quizás en la gramaticalización esto no sea visible sin más. Pero considérese que una palabra autónoma sólo puede irse vaciando de sentido a medida que va vertiendo su propio contenido en la palabra vecina, hasta acabar por fundirse con ella en una unidad más o menos fija. Así es como la dualidad *cantare habeo* se convirtió en la unidad primero floja *cantar he, cantar'ho* y por fin en la firme *cantaré, canterò.* Considérese, además, que todas las palabras de las lenguas indoeuropeas pueden, en principio, ser tratadas por la gramática como bimembres, como compuestas de un elemento radical y otro formal[2]. Palabras puramente formales, como artículos, preposiciones, etc., esto es, precisamente las gramaticalizadas por excelencia, sólo juntadas a su sustantivo forman una unidad, mientras que palabras de puro sentido, como las interjecciones — esto es, precisamente las no gramaticalizadas por excelencia — no tienen su sentido en sí mismas sino que sólo lo hallan por su referencia a alguna

[1] Cf. ahora PAUL, *Ueber Kontamination auf syntakt. Gebiete* [*Sobre la contaminación en el terreno sintáctico*] *(Sitzungsber. d. bayer. Ak. d. Wiss.,* 1919, II).

[2] Esto lo ha demostrado JAN VON ROZWADOWSKI en una penetrante investigación: *Wortbildung und Wortbedeutung* [*Formación de palabras (derivación) y significación léxica*], Heidelberg, 1904.

otra que quizá no ha sido pronunciada, pero que en cuanto es nombrada se enlaza con la interjección para formar una unidad gramatical. De ahí que la interjección oscile constantemente entre el modo de ser de las relaciones psicológicas y el de las gramaticales, dispuesta en todo momento a gramaticalizarse y en seguida a desgramaticalizarse. Compárese: "Las ilusiones perdidas / *¡ay!* son hojas desprendidas / del árbol del corazón" y "*¡Ay* de mí! ¡Qué es lo que he dicho!" El primer "¡ay!" orientado sólo psicológicamente, es por cierto una unidad de por sí, pero de ningún modo gramaticalizada, mientras que en el segundo ejemplo el "¡ay!" sólo con el siguiente *de mí* forma una unidad gramatical.

Así, pues, hay que ver la analogía, la contaminación y gramaticalización como procesos uniformadores. Una primitiva dualidad se funde en ellos en una unidad, porque la energía espiritual, la atención que sostenía esa dualidad y la mantenía diferenciada, cede, escapa, se avapora hacia otro punto. El espíritu se va, por así decir, y los dos elementos idiomáticos tratan de seguirlo, pero, como el espíritu ya no los mantiene separados, caen el uno en el otro y se mezclan, unificándose mecánicamente.

En oposición a éstos, hay un segundo orden de procesos idiomáticos: las divisiones, mudanzas y diferenciaciones de las formas y de las significaciones. Habría que ver si la gramática está en condiciones de explicar también estos procesos. Aquí tendría ella que entender como momento mecánico y automático del lenguaje la dualidad, y no, como antes, la unidad, y en cambio la unidad como el espiritual. La división aparece, pues, a la gramática como un fraccionamiento natural de una unidad ya no mantenida, abandonada por el espíritu. En esta segunda concepción se basa de hecho la explicación de todos los procesos idiomáticos no reducibles a la primera.

Así se comporta, por ejemplo, el cambio fonético. Desde luego, esto vale tan sólo para aquel aspecto del cambio fonético que no es el unitario y uniforme. Su expansión, gene-

ralización y regularidad (el cumplimiento de la llamada ley fonética) vienen a cuento sólo como analogía fonética. Por lo cual tendrían que descartarse. Por de pronto el discurso es comprendido como una unidad fonética estricta, como "una serie continua de sonidos numéricamente ilimitados". En este complejo no puede haber, en rigor, un fonema aislado ni una parte fónica. Así como el hablante lo articula de un tirón, así también el oyente lo percibe como unidad que fluye ininterrumpidamente, como una onda fónica. Aquí todo es movimiento, tránsito, dinamismo, unidad fluyente de matices fónicos que van naciendo unos de otros. El fonetista estricto no reconoce fonemas, ni palabras, ni frases; sólo grupos de elocución o grupos fónicos, cada uno de los cuales es una cosa por sí y está separado de los vecinos por las pausas naturales de la respiración. De aquí se supone implícitamente que las pausas respiratorias son pausas del sentido y las ondas fónicas o las ondas de movimiento articulatorio son a la vez unidades de sentido. Pero con la frecuente repetición de tales grupos u ondas que resulta del mucho hablar y oír hablar dentro de una comunidad lingüística, se produce en el hablante la apariencia, en el oyente la ilusión y, por fin, en el investigador la impresión de que no sólo hay grupos fónicos, sino también fonemas aislados siempre repetibles, una *a*, una *e*, una *t*, etc., es decir fonemas aislados o partes fónicas, que se dejan repetir como tales, comparar unos con otros, separar del grupo e identificar. Todos los sonidos semejantes a *a*, a *e*, a *t*, son ahora reunidos, ordenados y presentados como el "sistema fonético" de una lengua. Sólo que con eso no se oculta aquella apariencia que en el hablante no era más que un sentimiento memorístico, un sentimiento motor mecanizado al fin a fuerza de hábito, y en el oyente no más que una sensación memorística, una sensación acústica automatizada, y en la conciencia del investigador sólo una abstracción, no se oculta que estos productos ilusorios, los fonemas aislados, son desmentidos continuamente por el hablar y el oír reales. Se cree pronunciar, oír, estudiar una *a* una *e*,

una *t:* de hecho es cada vez una cosa diferente. Por eso un cambio no tiene lugar de ningún modo dentro del hablar u oír concreto de cada ocasión. Sólo se puede advertir con certeza la existencia de un cambio al comparar lo hablado con lo oído, o lo hablado u oído aquí y ahora con lo oído o hablado antes y allí. Ese cambio, pues tiene su existencia sólo dentro de un hablar y oír repetido, frecuente, general, abstracto y mecánico. Su última raíz se entierra en el natural desajuste entre el hablar y el oír, entre el sentimiento motor articulatorio y la sensación acústica, entre el producir y el recibir del lenguaje; en suma: no está en el lenguaje como comprensión perfecta sino como comprensión parcial o como incomprensión. El cambio fonético se cumple cada vez que se oye de modo distinto de como se articula, o se articula de modo distinto de como se ha oído. Pero esto sucede absolutamente en todos los casos, pues los órganos fisiológicos del articular son por naturaleza diferentes de los acústicos del oír. No se trata pues, de un mal entender o de una discordancia del espíritu consigo mismo, sino del espíritu con la mecánica de sus instrumentos. Se trata de una incomprensión relativa; vale decir que la gramática se interesa por el desajuste sólo en tanto que éste no está ya vencido o no lo está todavía por el espíritu.

Por eso la gramática hace el descubrimiento de que precisamente las grandes discordancias del trabucarse, del oir mal y del comprender torcidamente apenas aportan o no aportan nada a la realización de un cambio fonético, pues son rectificadas por el espíritu mismo sin ser admitidas en el uso general. Por el contrario, son los minúsculos, los más insignificantes, los más imperceptibles desajustes los que se infiltran y, por una especie de suma, llevan al cambio fonético. Para la gramática, el cambio fonético es una suma de desajustes mínimos, inadvertidos, mecánicos. Para poder sumarse tienen ellos, en primer lugar, que moverse en la misma dirección, como si dijéramos, llevar el mismo signo algebraico, y en segundo lugar, ser entre sí parecidos o análogos: tener un común denominador. Debe haber en las

discordancias una unidad. El cambio *á* > *é* ocurrido del latín al francés, tal como lo vemos en *patrem* > *père, talem* > *tel,* etc., es el resultado de una serie enormemente larga y sumada de desajustes, vale decir, de desvíos de la articulación *a* en dirección palatal; pero no de toda articulación *a* sino sólo de aquellas que se hallaban en sílaba acentuada y libre y ante una consonante no nasal (comp. *panem* > *pain, partem* > *part).* Sólo pueden sumarse aquellas discordancias que son fonéticamente análogas. Sólo se logra aquel cambio fonético que abarca una agrupación de sonidos. Lo específicamente regular, sujeto a ley, en un cambio fonético, es lo específicamente analógico que hay en él. Precisamente se presenta como regular en grupos análogos de sonidos, esto es, sólo en aquellos complejos fonéticos tan repetidos, de tal modo frecuentes, que el hablante los llegue a sentir como un grupo unitario en su sentimiento motor del lenguaje. Por ejemplo, una ley fonética del antiguo francés dice que todo sonido *p, b, v,* se asimila a una dental que le siga: *septem* > *set, scripsi* > *escris, bibit* > *beit, movet,* > *muet,* etc. Pero con esto no debe entenderse que cada vez, en cada palabra en que tal situación ocurra, se haya cumplido esta asimilación mediante el puro proceso fonético descrito, sino sólo que, por larga costumbre, se ha creado un sentimiento motor, una asociación mecánica de sonidos por la cual un cambio *pt* > *t, vt* > *t,* etc., que primero era sólo esporádico, se hace luego más frecuente y por fin se generaliza. Su generalización se ha verificado por una especie de analogía fisiológica. Y si se tienen escrúpulos en designar este proceso como analogía, considérese que es una atracción mecánica ejercida desde los grupos de formas frecuentes sobre los raros: esencialmente, pues, lo mismo que la analogía, sólo que nuestro proceso se desarrolla en un mecanismo físico más bien que psíquico.

Así, la producción del cambio fonético está condicionada por un desajuste mecánico, pero la regularidad de su curso lo está por una uniformación mecánica. Como desajuste, el cambio fonétitco es el contra-mecanismo de la analogía:

como uniformación en su co-mecanismo. Así se explica que los procesos analógicos interrumpan por un lado a los cambios fonéticos y por otro los continúen. La analogía determina la expansión de los cambios fonéticos lo mismo que su limitación y explica a la vez su regularidad y sus excepciones. El dualismo mecánico de sentimiento motor articulatorio y sensación acústica tendría en realidad que destrozar el sistema todo de una lengua si no se le opusieran las fuerzas de la uniformación mecánica, esto es, los procesos analógicos.

Y lo mismo que la analogía y el cambio fonético, a mi parecer también la gramaticalización y el cambio semántico se corresponden como co-mecanismos y contramecanismos. Así como los gramáticos hallan la raíz del cambio fonético en un natural desajuste entre el articular y el oír, así también descubren la raíz del cambio semántico en un desajuste, no menos natural, entre "pensar" y "comprender". Y así como no hay en un grupo de elocución sonidos aislados, sino sólo infinitas y continuadas transiciones de sonidos, según reconocen ellos, tampoco se pueden distinguir en un grupo concreto de sentido significaciones aisladas y fijas. También el grupo de sentido es una unidad fluyente y dinámica, dentro de la cual cada palabra, hasta la palabreja más pálida, tiene su matiz significativo uni-ocasional, especial, pecualiarísimo. Y de nuevo tenemos que sólo el múltiple y repetido hablar, el momento mecánico o automático del hablar es lo que despierta en el hablante, en el oyente, en el investigador la impresión, la apariencia, la teoría de que siempre aparecen y vuelven a aparecer significaciones verbales singulares, fijas, usuales, que se pueden aislar de cada uno de los grupos de sentido y comparar entre sí. Se cree que con las palabras *mesa, montaña, yo, tú* se piensa siempre lo mismo; en realidad se piensa cada vez una cosa diferente. Luego se contrapone lo pensado siempre — que no es más que una abstracción — a lo pensado cada vez —que es un concretum y un individuum —; se les compara, se compara lo pensado por el hablante con lo comprendido por el oyente, lo ocasional con lo habitual, lo de ayer con lo de hoy, etc. Se descubre un desajuste fundamental entre pensar y comprender, y, como consecuencia, un cambio fundamental de significación.

Y aquí también se hace otra vez el descubrimiento de que sólo triunfan los pequeños y mínimos desvíos y no los grandes, —no las equivocaciones, que son rectificadas o evitadas por el espíritu —, y de que sólo se suman aquellos desvíos que se mueven en una misma dirección. Pero esta dirección es siempre de la significación de una vez a la de muchas veces, de lo ocasional a lo general, de lo coloreado a lo descolorido, de lo concreto a lo abstracto, de lo estricto a lo amplio, de lo real a lo formal, en resumen, en la misma dirección en que se mueven los cambios semánticos que conducen a la gramaticalización. Un cambio semántico es regular sólo en cuanto que corre en la misma dirección que aquel vaciar y aquel ampliar el sentido de una palabra que constituyen la esencia de la gramaticalización. Aquí tenemos, pues, un co-mecanismo de gramaticalización y de cambio somántico, que corresponde al arriba descrito para la analogía y el cambio fonético. Y aquí también puede reconocerse sin dificultad el mecanismo contrario. Pues tan pronto como una palabra sometida a cambios semánticos regulares, esto es, continuados y sumados, mínimos, incontrolados e irreflexivos, se ve tan vaciada de significación que ya no tiene un sentido propio y real, cae en la gramaticalización. El fin del cambio semántico es el comienzo de la gramaticalización. Así el alemán *sehr* ('muy') significaba originariamente 'doloroso', recorrió luego una rápida serie de pequeños y graduales debilitamientos y acabó por perder toda significación propia. Con ello se salió del dominio de los cambios semánticos y quedó gramaticalizado como palabra formal de intensidad. Un camino análogo está a punto de correr la palabrita *arg;* compárese: *ein arger Fehler* y *es hat mich arg gefreut* [1].

[1] [Respectivamente: 'una *grave* falta' y 'me ha alegrado *mucho*'.]

Para la gramática se trata de decidir si aquí hay un cambio semántico o un caso de gramaticalización. Pues dentro de un mismo sistema de uso uno y otro fenómeno se excluyen, como se excluyen la analogía y el cambio fonético. Pueden darse casos que parezcan demostrar lo contrario, pero de hecho no hacen más que confirmar la ya explicada relación de co-mecanismo y contra-mecanismo. El latín vulg. *mente* 'índole', 'opinión', se fué vaciando gracias a una regular mecanización de su significado, de tal modo que pereció y hoy sólo perdura en las lenguas románicas como un sufijo adverbial gramaticalizado: *vrai-ment, décidément, verdadera-mente,* etc. Sin embargo el italiano y el español conocen también una palabra independiente, la *mente,* con la significación de 'intelecto' 'mentalidad'. Sólo que ésta precisamente no es la continuación del *mente* lat. vulg. sino un préstamo tomado del latín libresco. Va contra la ley de los cambios semánticos el que un significado relativamente estricto, como 'intelecto', proceda sin interrupción de otro relativamente amplio como 'índole'. También en español el sustantivo *mente* existe como préstamo cultista, según se ve por su estado fonético, pues si hubiera seguido su curso hereditario debería haber dado *miente.* [En efecto, esta forma hereditaria existe en español en las frases estereotipadas *venir a las mientes, parar mientes.*] Cierto que a veces hallamos la misma palabra con dos usos, como independiente (sustantivo) y como formal: *Trotz y trotz; Mann* y *man.* [En español *cara al monte* y *la cara, cuesta abajo* y *la cuesta,* con la particularidad de que la forma gramaticalizada no lleva acento. Véanse más ejemplos en T. Navarro Tomás, *Palabras sin acento,* en *Revista de Filología Española,* 1925, tomo XII, pág. 351 y sig.] Mas para el sentimiento idiomático son palabras diferentes; de modo que una misma forma de significación por principio nunca pertenece a la vez a la gramaticalización y al cambio semántico. Mientras la significación independiente y ocasional de una palabra se encuentre en una discordancia natural con su significación dependiente y general, como es el caso en

el cambio semántico, será imposible que se fundan en una unidad natural, como es el caso de la gramaticalización.

¿Es que la contaminación no tendrá también en otro proceso gramatical su correlato específico, su pareja y contrafigura mecánicas? Así como la contaminación es una aleación automática de dos formas que se unifican en una tercera *(Erdäpfel + Kartoffel = Erdtoffel,* [*batata + papa = patata*]*),* así tendría que ser su contraparte una escisión automática de una forma unitaria en dos formas separadas. Verdad que los gramáticos han investigado todavía relativamente poco tales escisiones o diferenciaciones fonéticas, semánticas y sintácticas respecto de su regularidad o continuidad automática (así como tampoco la contaminación ha encontrado aún del todo su reconocimiento como proceso general y normal). Sin embargo, es éste, me parece, uno de los fenómenos más importantes, más generales y más evidentes. Lo más y mejor que se suele señalar como enriquecimiento del léxico se basa en una diferenciación de significaciones originariamente equivalentes: *Rabe-Rappe, Reiter-Ritter, Knabe-Knappe, ward-wurde, als-also.* [Ejemplos españoles: *limpio-lindo, cualidad-calidad, huelga-juerga, famélico-jamelgo, yunta-junta.* En la Argentina *hierba,* con su significación española, tiene un uso culto, y *yerba* significa 'hierba mate'. La existencia de estas formas dobles en la lengua general se explica porque cada una procede de distinta región o por ser una de ellas un cultismo histórico.] Todo llamado progreso sintáctico es diferenciación. Diferenciación hay cuando en moderno francés el artículo determinante, que en el francés medieval tan pronto se ponía o se repetía al arbitrio, tan pronto falta ya, es ahora manejado según determinadas y claras distinciones, esto es, regularmente; cuando el uso alterno de *celui* y *celui-là, ce* y *cela,* antes discrecional, se sistematiza de tal modo que, por ejemplo, *c' est faux* y *cela est faux* designan ya dos direcciones de sentido completamente distintas; cuando se ordena el empleo caótico del indicativo y del subjuntivo en las oraciones interrogativas indirectas. En suma, siempre

que de una unidad resulta una dualidad, tenemos diferenciación. Si el método estrictamente gramatical no aprecia debidamente estos innumerables casos, creo que eso se debe a que se les suele tratar como actos del espíritu, como logros de la atención, como progresos histórico-evolutivos, y se les encomienda a la historia del idioma. O, si no, se les trata dentro de la gramática como excepciones de cambios fonéticos o semánticos regulares. Pero no se echa de ver que esos cambios tienen también su lado automático, mecánico, natural, regular e inhistórico, y pueden por tanto ser explicados por la gramática.

En un estado anterior del alemán, convergiendo en el idioma literario desde diferentes regiones, se empleaban indistintamente, como queda dicho, *Rabe* y *Rappe, Reiter* y *Ritter, Knabe* y *Knappe*. Cada pareja significaba lo mismo. Hoy cada forma significa cosa distinta. ¿Por qué? Primero, porque se llegó, irreflexiblemente, a olvidar su semejanza, su equivalencia fundamental. Segundo, porque se empezó a reparar en una diferencia que esas formas pudieran quizás albergar. La gramática no tiene que tomar en cuenta más que el primer caso: el olvido de la equivalencia, la pérdida de la riqueza, de lo superfluo, de la libertad de opción, de la licencia. Ella muestra cómo la lengua se vuelve distraída e indiferente hacia sus tesoros, cómo se empobrece, cómo cesa de acordarse de que *Rabe* y *Rappe* son uno y lo mismo. Pues sólo en la medida en que va perdiendo este recuerdo puede el espíritu apoderarse de la cosa y diferenciar *Rabe* de *Rappe*[1]. La gramática investiga aquí también el otro aspecto de la atención, la atención como una todavía-no-atención o como ya-no-atención, y el lenguaje como un precursor o sucesor del espíritu. Mientras *Rabe* y *Rappe* se recuerden y reconozcan todavía como equivalentes, no podrán ser separados como formas de un valor distinto. Pero en cuanto queda cumplida la escisión mecánica de una unidad de significación, en ese punto también y con eso mismo la diferenciación es un hecho consumado.

[1] [*Rabe* 'cuervo', *Rappe* 'caballo morcillo'.]

La gramática, pues, se ocupará también de la causalidad mecánica que ha ocasionado el que *Rabe* y *Rappe* no sean ya comprendidos como una unidad indiferenciada sino como una dualidad de animales negros. De ahí se deduce ineludiblemente que esta causalidad mecánica es la contraria de la que domina en la contaminación. En la contaminación, el hablante, partiendo de una parcial igualdad de las dos significaciones, se dejaba llevar a establecer una igualdad también parcial en la forma fonética o en la sintáctica: *noster* + *vester* = *voster; der gleiche wie* + *derselbe der* = *derselbe wie*. Por el contrario, en la diferenciación se incurre en una parcial desemejanza de significaciones partiendo de una desemejanza parcial de la forma fonética o de la sintáctica. En ambas ocasiones se rinde el hablante a la apariencia de que entre forma y significación existe una conexión necesaria, natural; y en esto consiste lo común a ambos procesos. Una vez se toma inadvertidamente la semejanza de significación por semejanza de forma (contaminación); la otra, la diferencia de forma por diferencia de significación (diferenciación); y en esto está la oposición de ambos procesos. Una diferenciación sólo puede caber donde ya no se mantiene la contaminación y viceversa. En algunos casos, por ejemplo en cuestiones sintácticas, es extraordinariamente difícil decidir si lo que tenemos delante es todavía una contaminación o ya una diferenciación. Aquí se extiende un ancho campo para la sagacidad del gramático. En la sintaxis francesa, por ejemplo, se le presenta la cuestión de si las construcciones hoy bien diferenciadas *il a coupé la barbe* e *il a la barbe coupée* estaban todavía contaminadas o ya diferenciadas, y hasta qué punto, en el siglo XVI o antes o después; de si la actual diferenciación no se interrumpe a veces con una contaminación, y dónde tiene sus límites con ella; de si en una frase de doble sentido como la *barbe qu' il a coupée* el sentido está condicionado por la construcción o la construcción por el sentido.

En todos los fenómenos tratados por la gramática son estas ambigüedades el objeto más adecuado de la investi-

gación. ¿Hay en este o en ese caso un cambio fonético o una analogía, un cambio semántico o una gramaticalización, una contaminación o una diferenciación? Éstos acababan siempre por ser los últimos problemas de la gramática.

Pero estos seis específicos procesos gramaticales ocurren únicamente porque la vigilancia del espíritu, la atención, se concibe como desfallecida y se sobreentiende que ha perdido su eficacia. Imposible la analogía mientras esté vivo el recuerdo de la diversidad de los grupos de formas; imposible el cambio fonético mientras los órganos de hablar y de oír estén alerta; imposible la gramaticalización mientras estén representadas enérgica y claramente las significaciones verbales, ni el cambio semántico mientras lo pensado cada vez sea comprendido íntegramente, ni la contaminación mientras no se confunda lo semejante, ni la diferenciación mientras se siga captando en unidad lo esencialmente igual. Así los procesos gramaticales dirigidos hacia la unificación se presentan como desidias en el distinguir, los orientados hacia la variación y la escisión como desidias en el sintetizar.

En cuanto a si la preponderancia lógica del interés gramatical se centra en los procesos de uniformación o en los de diferenciación, es cosa en sí indiferente. Los Neogramáticos se inclinaban a tratar el cambio fonético como el asiento propio de la regularidad, y la analogía y la contaminación como fuerzas perturbadoras. Hoy prefiere Meillet considerar únicamente la analogía y la gramaticalización como procesos gramaticales por excelencia, cediendo en cambio a la historia lingüística los cambios y las diferenciaciones[1]. Pero en este desplazamiento temporal del centro de gravedad se manifiestan sólo las cambiantes necesidades de la investigación, y no una subversión fundamental del aspecto lógico. Éste exige, por el contrario, que cada proceso de mecanización tenga su pareja y con-

[1] *L'évolution des formes grammaticales* (en *Linguistique historique et linguistique générale* I, Paris, 1926, pág. 130 y siguientes).

trafigura. El cambio fonético es regular sólo porque existe una analogía fonética; el cambio semántico es continuo sólo porque hay una gramaticalización, y todas las diferenciaciones tendrían que parecer cabriolas caprichosas o gramatiquerías pedantes si no hubiera contaminaciones. Tan pronto como se tratan los cambios y diferenciaciones en sí y por sí, y sin referencia a los correspondientes procesos de uniformación y aun a todos los otros procesos gramaticales, aparecen como sucesos casuales y contingentes que sólo la historia puede justificar. ¿Y sería posible que esto no valiera lo mismo para la analogía, la contaminación y la gramaticalizacón? ¿Qué es lo que nos pone en condiciones de reconocer como contaminación regular, por ejemplo, un proceso como *sinister* + *dexter* = *senester*, si no es el conocimiento de un cambio latino vulgar? Si no supiéramos que la ley de ese cambio excluye, sin más, la posibilidad de que una *i* breve clásica, como la de *sinister*, se mude en *e* vulgar, como la de *senester*, ¿cómo llegar al descubrimiento de que ahí entraba en juego *dexter* (breve la primera *e*)? Así, los procesos gramaticales reciben su carácter de regularidad, no de sí mismos, sino únicamente de su referencia a los demás.

El pensamiento riguroso del gramático, pues, sólo puede reconocer una uniformación por su referencia a la diferenciación correspondiente, y viceversa.

Gracias a esta reciprocidad o a este mutuo movimiento circular, el pensamiento gramatical es sistemático y es capaz de reconocer su determinado estado lingüístico como sistema, esto es, como una reciprocidad continua de cambios y analogías, de diferenciaciones y uniformaciones, etc. El sistema, pues, abarca siempre dos momentos: el de la uniformación, que supone una diferenciación, y el de la diferenciación, que tiene enfrente una uniformación. Un sistema de esta especie es tan rigurosamente cerrado como perpetuamente movible, tan capaz de abarcar y de ordenar el material lingüístico correspondiente como de seguir su corriente a través de todos los tiempos. No hay un solo proceso lingüístico que pueda zafarse de estas ataduras. Si

se presenta como una excepción a la ley fonética, aparece como una afirmación de la ley de analogía o de la de contaminación; si no es un cambio semántico, tendrá que ser una gramaticalización o una diferenciación; etc. Como totalidad, como sistema, la explicación gramatical se extiende sobre todas las humanas comunidades lingüísticas con la misma falta de excepciones con que la muerte impera sobre todo lo viviente.

La muerte es el linde de la vida, su precursora y su sucesora. De tal manera la circunda, sin llegar nunca a estar en ella, que todo lo vivo tiene su lado mortal. La muerte es la cesura sin la cual la vida no sería ritmo, la pausa sin la cual no sería movimiento, la generalidad uniforme sin la cual no sería multiforme peculiaridad. De modo semejante observa la gramática con la agudeza de sus ojos mortíferos el lado letal del lenguaje. Sobre todo lo que hay de vivo en él deja caer las sombras del sistema, con lo que tanto más luminosa y plásticamente vuelve a resaltar la peculiaridad de lo vivo.

Ahora bien: ¿tiene, además, algo que hacer la gramática con la peculiaridad de lo vivo? En todo caso, sólo desde esta consideración superior cobra sentido su tarea. Y hasta de ningún modo podría ejercerla sin ella. ¿Cómo podría consignar el desvío de la atención, el hundimiento del pensar en el automatismo de la asociación, el sumergirse del hablar y del oír en los mecanismos de la fonética y de la acústica, el esfumarse del diferenciar y del recordar en la noche de la confusión y del olvido, si no poseyera como supuestos enteramente corrientes y consabidos los conceptos de la atención, del pensar, del recordar, en fin, de la actividad espiritual del lenguaje?

Lo que ocurre es que ya no se esfuerza uno en investigar lo que presupone y cree tener seguro. El gramático tiene desde luego que ocuparse de las manifestaciones del automatismo y mecanismo psíquicos y físicos, no de la actividad espiritual supuesta. Pero como él deriva aquellas manifestaciones de esta actividad, viéndolas hundirse en ella, lo que propiamente le interesa no es ni la energía espiritual

como tal, ni el mecanismo como tal, sino el continuo anudarse de lo uno en lo otro, vale decir, el camino que lleva desde el punto de partida al de llegada, el movimiento, la perpetua dirección de movimiento que conduce desde el dominio de la energía espiritual hasta lo hondo de la mecánica natural. Él quiere ver cómo las formas del hablar van rodando por la cuesta de lo hablado, hasta dormirse en el sistema. Le gusta contemplar cómo, al deslizarse por la pendiente general que va de la libertad a la sujeción, cada forma idiomática se conduce siempre de modo distinto, disgregándose y agregándose a otro estado formal. El espectáculo siempre cambiante de este patinaje es, dentro de una total uniformidad en lo general, de la mayor variedad imaginable en lo particular. Pues siempre llegan nuevos huéspedes, quién sabe de qué reino de la luz, y van resbalando y sumiéndose en la existencia tenebrosa del sistema.

Come d'antunno si levan le foglie
L'una appresso dell'altra, infin che il ramo
Rende alla terra tutte le sue spoglie:
Similimente il mal seme d'Adamo
Gittansi di quel lito, ad una ad una,
Per cenni, come augel per suo richiamo.
Così sen vanno su per l'onda bruna.
Ed avanti che sien di là discese,
Anche di qua nuova schiera s'aduna.

Inferno, III.

Así es que hasta la gramática tiene su encanto, su sentimiento poético, que unos podrán encontrar desolador, otros divertido.

El descenso de la palabra viva al reino de tinieblas del sistema gramatical es un momento necesario en la fenomenología del espíritu. Y a este momento, como a todos los demás del espíritu, le corresponde una parte o un aspecto del acaecer histórico. Cada una de las formas idiomáticas o de significación que se gramaticaliza, que se contamina, que se diferencia, tiene su destino y su historia justamente en la manera como eso sucede. El gramático

nos enseña el sino que toda palabra tiene que alcanzar, a la corta o a la larga. Por eso es en cierto sentido un historiador de las palabras; pero un historiador a medias, pues ha eliminado los conceptos de libertad, de azar, de finalidad, etc. Empieza por no tener ni método histórico ni un tema propiamente histórico. No le es lícito ni valorar, ni seleccionar, ni criticar su tema, que son las formas idiomáticas; antes bien, tiene, que aceptar la fundamental equivalencia de todas ellas. No se le consiente hacer histórico su método, sino que debe más bien proceder como estricto naturalista, vale decir, debe sacar las formas idiomáticas del ámbito concreto del hablar, aislándolas y sistematizándolas.

Con todo, esta obligación de no hacer preferencias entre las palabras y de aislarlas tiene sus límites. Cesa siempre en el punto en que comienza otra comunidad lingüística. Entre las leyes fonéticas y las analogías de la comunidad lingüística alemana y las de la francesa puede haber mucho de común desde el punto de vista de la fonética y de la psicología; pero desde el de la gramática absolutamente nada, ya sea que sólo se sospechen, ya sea que se demuestren las conexiones históricas que unen esas comunidades. Una gramática comparada sólo se puede erigir sobre los fundamentos de esas conexiones históricas, sean sospechadas o probadas. La gramática es comparativa únicamente en cuanto es histórica. Una comparación de varios grupos lingüísticos, meramente gramatical, desentendida de problemas históricos, es puro jugueteo. Los conceptos de la gramática no son de por sí capaces de decidir dónde acaba un grupo o comunidad lingüística y dónde empieza otra. Pues los conceptos de "grupo lingüístico", "comunidad lingüística", son creaciones histórico-sociales.

Así es como la gramática recibe la materia que ha de trabajar: señalada por la historia lingüística. Y a la historia lingüística tiene que devolvérsela en seguida. Apenas se ha establecido en tal o cual comunidad lingüística la presencia de la analogía, de la gramaticalización, etc., surge el problema de cuánto tiempo ha estado en uso esta o

aquella analogía, para dilucidar si se extiende por toda la comunidad o sólo por una comarca de extensión determinable, o si únicamente alcanza a un grupo de personas socialmente limitado. Aquí comienza el trabajo de la estadística, de la geografía, de la sociología, que ya no tiene que ver nada con la gramática pura. Y como conclusión se pregunta uno: ¿por qué se han cumplido las llamadas analogías, etc., tan rápidamente, tan lentamente, en tal extensión geográfica, con tal profundidad social? Y con esto se ha penetrado hasta lo hondo en la condicionalidad histórico-cultural y se trabaja con conceptos lingüísticos histórico-culturales como barbarismo, préstamo, cultismo, argot, norma idiomática, escuela, calcos, gusto lingüístico, y tantos otros.

Es más: el poder expansivo de estos conceptos y problemas históricos es de tal naturaleza que abraza hasta los conceptos fundamentales del gramático, los de cambio fonético, analogía, etc., transformándolos en conceptos históricos. Pues ya no se toman en sí y por sí los procesos pensados con esos conceptos; ahora cada uno ha de ser devuelto al espacio, al tiempo, a la sociedad, de que el gramático los había desligado. El aislamiento queda anulado y la conexión con el momento idiomático restablecida.

Sólo que ya no se trata de aquella primera conexión. Un trabajo autorizado y necesario como el de la gramática no puede borrarse sin dejar rastro. La conexión primitiva era la ocasionalmente dada en cada acto concreto de hablar. La nueva es la ordenada, razonada y construída de la historia lingüística. Es la conexión de las formas idiomáticas con la particularidad espiritual y la cultura total del pueblo. Con esto queda superada la amputación del lenguaje de toda actividad espiritual y de toda individualidad, de que hemos hablado al principio. Pues en la historia de la lengua ya no aparece el hablar como un hacer palabras ajeno a su valor y a su sentido, sino como la expresión característica de una peculiaridad espiritual y como el instrumento adecuado para la creación y participación de valores espirituales. Desde el punto de vista histórico-cultural, la lengua se re-

laciona con dos especies de valores. Como expresión toma parte en las actividades estéticas, y como instrumento en todas las demás actividades espirituales. Como expresión abre camino a todos los presentimientos, anhelos y tendencias del espíritu. Como instrumento, arrastra consigo todas las experiencias y adquisiciones. De precursor o sucesor, el lenguaje se ha hecho iniciador y depositario, y como tal ya no está ni delante ni detrás del espíritu, sino siempre junto a él, en él, idéntico con él.

Así es como nuestros seis conceptos gramaticales han sufrido una transformación fundamental. Y lo que les ha sucedido no es embrujamiento ni desnaturalización. No se ha hecho más que llenarlos de vida histórica e inscribirlos en el pensar histórico. Ahora ya no existe la analogía como pareja y contrafigura mecánica de las otras categorías, sino que no hay otra cosa que la historia compleja de este o aquel proceso analógico completamente especial, el cual está entretejido de modo peculiar con otros procesos analógicos, contaminatorios, etc. Así el corazón, considerado en sí y por sí, como aislada construcción del físico, representa una bomba impelente regulada. Pero piénseselo lleno de sangre humana y escondido en un cuerpo de hombre... y entonces es la pulsación y el ritmo de nuestra vida. Y nuestras seis bombas gramaticales no son comprendidas rectamente y llevadas a su plena significación hasta que se las llena de realidad lingüístico-histórica, inscribiéndolas en el pensamiento lingüístico-histórico e interpretando su trabajo como la pulsación o el ritmo de nuestra vida idiomática.

La gramática introduce en los fenómenos lingüísticos los conceptos de una regularidad mecánica y halla en esto la confirmación de todo su sistema, de modo que podría parecer que el lenguaje pertenece exclusivamente al reino natural, no al del espíritu. Pero este naturalismo sólo sigue subsistiendo para la grandeza bajo la suposición de una espiritualidad que se esfuma, de una actividad espontánea que se mecaniza. No es una naturaleza psicofísica autodeterminante y que se baste en sí misma. La regularidad de su engranaje es tan sólo el reverso de una energía y

actividad espirituales realmente existentes, y no metafísicamente hipostasiadas o cosa por el estilo. Y así, también los conceptos gramaticales de analogía, etc., son el reverso de los conceptos lingüístico-históricos.

Pero de esto no resulta para el sistema de la gramática ni el peligro ni la obligación de disolverse en el pensamiento histórico, como el azúcar en el agua. Por el contrario, sólo el pensamiento histórico presta a este sistema su firmeza y claridad, así como el proceso de cristalización necesita de una fluidez circundante. De hecho, sólo dentro de la historia lingüística puede formarse un sistema de la gramática de dureza y transparencia cristalina. Una gramática que se mantenga ajena a conceptos históricos como comunidad lingüística, evolución lingüística, mezcla lingüística, etc., no puede ser ni pensada sistemáticamente ni hablada en la realidad.

Verdad que otra vez hay ahora filósofos del lenguaje que reclaman una gramática independiente, general, pura, especulativa y universal, una gramática de las gramáticas. Esos neoplatónicos y neoescolásticos sacarán sin duda tanto provecho de mis consideraciones como yo de las suyas.